Sumidero

Alfonso Barroso Valero

Sumidero

Alfonso Barroso Valero

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2025
©Alfonso Barroso Valero, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-71-0
THEMA: FBA - FF
DEPOSITO LEGAL: M-9572-2025

1.

La mujer que conduce el Dacia Sandero (Essential TCe 67kW, 90CV) que en estos momentos circula por una solitaria calle del complejo residencial Verdes Pinos consulta, mientras este hace de guía, su teléfono móvil. Va confiada por el hecho de que la circulación de vehículos por estas calles es muy escasa, y más a estas horas de la mañana. Estaciona finalmente el vehículo en uno de los abundantes lugares que para tal efecto existen y sale del mismo sin dejar de consultar el terminal. Recuerda venir en otra ocasión, muy al principio, cuando el escritor al que hoy va a visitar, un apreciado valor de la editorial decidió invertir parte de los pingües beneficios obtenidos con su primer y sorprendente (que a ella le parecía realmente mediocre, o al menos no para tanto) superventas en la compra de un chalé de grandes dimensiones en aquella exclusiva zona residencial. Bajo su punto de vista, a todas luces una extravagancia gestada por las arrebatadoras fiebres del éxito. Fiebres que no dejaron de aumentar después de lograr, con la segunda novela publicada por la editorial en la que ella trabaja, un nuevo y no

menos inesperado superventas que vino a inflar el ego de aquel escritor hasta cotas insospechadas. El apocado y timorato aspirante a escritor que conoció el día en que se entrevistó con él para organizar la presentación de lo que sería su primer éxito, se había convertido en poco tiempo en una presuntuosa y vanidosa estrella de las letras, en un rutilante divo con, a su juicio, no excesivo talento. Así se lo expuso en su momento a Rafa, director de la editorial, pero aquel hombre había sido elegido y ya no había vuelta atrás. Y cuando los números de ventas se dispararon, todos sus reparos se los guardó debidamente para sí, máxime cuando precisamente ella debería de hacerse cargo de la promoción del nuevo portento, otro más de la editorial Ediciones Tremendas, entregada al descubrimiento de nuevos talentos tal y como se promocionaba a sí misma en los medios. Como buena profesional, sin embargo, cumplió debidamente su cometido acompañando y asesorando en todo momento al autor en las numerosas ferias del libro a las que asistió, así como en los actos promocionales y a las entrevistas concedidas. Como así mismo cumplió con toda profesionalidad con la presentación y promoción de la segunda e igualmente exitosa novela, que consagró de forma definitiva al nuevo autor por lo menos ante el público, que no así ante la crítica especializada que fue, en algunos casos, bastante dura («vulgaridad rampante», «un ni quiero, ni puedo» e «indisimulada mediocridad» fueron algunos de los

epítetos que recibió por parte de este exigente sector), aunque en otros, sorprendentemente, en exceso laudatoria («genio en ciernes», «refrescante propuesta» y «a la altura de los mejores» fueron algunos de los que por su parte cosechó de este otro). No se dejó influir sin embargo por esta última circunstancia, a pesar de que compartía casi todas las críticas realizadas por el primer sector, y trabajó sin descanso para que no faltara el nombre del autor y los títulos publicados en ningún medio. Así que, visto el éxito, el director de la editorial, con buen criterio, le endosó la tarea de promocionar la que sería la tercera entrega del exitoso escritor, la cual se encontraba ya en las primeras fases de edición.

No acostumbraba a desplazarse, las entrevistas o reuniones de trabajo prefería realizarlas en las oficinas de la editorial, pero en esta ocasión había accedido a ello toda vez que el propio autor le había informado que se encontraba con algún que otro problemilla de salud. Como la importante reunión que tenían pendiente se había ido aplazando ya demasiado tiempo, consintió en desplazarse hasta su domicilio situado en la zona residencial en la que se encuentra en estos momentos. Así que, tras abandonar el vehículo la tenemos ya teléfono móvil en mano siguiendo las indicaciones que aparecen en pantalla, caminando por una estrecha acera hasta detenerse frente a la entrada de una de las amplias fincas en que se levantan las lujosas residencias de este exclusivo lugar. Las dos grandes hojas metálicas

enrejadas que forman la puerta permanecen completamente abiertas, ofreciendo un paso franco al visitante hacia el interior de la finca. Traspasa entonces la mujer ese umbral y, tímidamente y sin dejar de mirar un poco hacia todos los lados, gana por fin la puerta de entrada principal. Se halla esta al final de un pequeño tramo de escaleras de piedra, encastrada en la gran fachada principal de la planta baja, sobre la cual se levantan dos plantas más, presentando la edificación en su conjunto, toda ella de piedra un aspecto solemne, aunque un tanto intimidante. Marca entonces en su teléfono el contacto del escritor, pero no da señal. Desplaza seguidamente la mirada por la fachada de la casa en busca de un timbre. No lo halla, así que decide acercar su mano cerrada en busca del contacto directo con la puerta, aunque, cuando los nudillos van a impactar en la superficie de recia madera, esta se abre repentinamente. Se encuentra entonces cara a cara con el rostro de un joven de enmarañado pelo muy rizado, castaño claro, que le dedica una mirada entre despistada y de sorpresa.

—Buenos días, tengo una cita con el señor Roland Dreifuss —suelta la mujer a modo de presentación.

—¿Roland? —Se toma unos instantes el joven antes de continuar—. Sí, sí, pase —invita finalmente a la mujer haciéndose a un lado.

Ambos recorren entonces un ancho pasillo hasta ingresar por una puerta en un saloncito abundantemente

iluminado por dos enormes ventanales. El joven invita a la mujer a sentarse en uno de los lados de un amplio y mullido sofá, único mueble de la estancia, mientras que él va a hacer lo propio en el otro extremo.

—¿Y no va a avisar al señor Dreifuss? —pregunta ella.

—Es que ha venido usted a una mala hora, tendrá que esperar un poquito, me temo —responde amablemente él.

—He venido a las doce y media, justo a la hora a la que me citó él mismo —apunta la mujer un tanto incómoda.

—Qué raro, porque a esta hora suele estar en la piscina realizando sus ejercicios de apnea —asegura el joven—. Es que dice que le ayudan mucho con la concentración y todo eso… Por cierto, yo soy Seluis, poeta de guardia.

—¿Poeta de guardia?

—Sí, bueno, soy uno de los tres que trabajamos aquí. Es que a Roli le dan frecuentes arrebatos líricos y entonces necesita con urgencia escuchar algunas poesías, que si no le entra una angustia tremenda y empieza a destrozarlo todo. Además que a capricho, porque lo mismo te pide un soneto lírico, que todo un poema épico, que si alguna estrofa dramática… incluso en ocasiones no le vale cualquiera, sino que solicita un autor en concreto: que si un Lope, un Góngora, o Mistral, o

Rubén Darío… en fin, que debemos de contar con un repertorio bastante amplio y variado.

—Ha dicho que son tres…

—Claro, porque debe haber al menos uno disponible en todo momento. Las crisis líricas de Roland son impredecibles. Hacemos turnos de ocho horas.

—Pues yo es que tengo la agenda un poco apretada, ¿no podría indicarme por dónde se va a la piscina?

—La acompaño yo. Sígame, si es tan amable.

2.

Tras recorrer varias estancias, todas muy bien iluminadas por la luz natural de la mañana, el joven y la mujer salen a un gran jardín que se abre en la parte posterior de la finca que ocupa la casa. En un lateral, hacia la izquierda, la pila de una gran piscina, rodeada de tumbonas y alguna que otra sombrilla cerrada. La mujer no puede dejar de advertir que, hacia el otro extremo del jardín, hay un montón de mesas y sillas de exterior en el más completo desorden, y sobre ambos tipos de mobiliario, vasos a medio vaciar y botellas semivacías de los más variados licores, algunas de pie, otras volcadas. Toman asiento en sendas tumbonas de cara al agua, cuya superficie calma refleja los radiantes rayos de luz de esta luminosa mañana primaveral.

—Aguardemos un poquito aquí, enseguida emerge —indica el poeta de guardia.

Tras unos embarazosos segundos de silencio, el joven vuelve a hacer uso de la palabra mientras la mujer no deja de lanzar indisimuladas miradas hacia el agua de la piscina.

—Perdón por el atrevimiento, pero ¿ustedes publican poesía?

—Sí, aunque lo nuestro es más bien la narrativa, tenemos una pequeña colección, sí. Mira, te dejo la tarjeta de la editorial, a esa dirección que dice *manuscritoseditremendas@wadoo.com* envías tu poemario y lo valoramos.

—Muchas gracias —reconoce el joven poeta mientras recoge la tarjeta, aunque no parece excesivamente ilusionado.

—¿No tarda demasiado en salir?

—Pues sí, más de lo normal —confirma el joven realmente apurado, asomándose a continuación al agua—. Pero ¡si no está ahí abajo! Qué raro… aunque ahora que lo pienso, en la fiesta de anoche tampoco le vi…

—Quizá esté en su habitación. A mí no me coge el teléfono ni me responde a los *guasaps* que le llevo enviados.

El joven hace a continuación una significativa indicación a la mujer para que lo siga. Se dirigen entonces a buen paso directamente hacia la casa, ingresando en ella por una puerta de cristal que remata una gran cristalera que abre al jardín una amplia sala. La atraviesan deprisa y cuando están a punto de abandonarla algo les retiene. Se trata de otro joven, este con la cabeza completamente rapada y unas gafas de culo de

botella que apenas se sostienen sobre su fina naricilla, que les cierra el paso.

—Ordep, ¿has visto a Roli? —le pregunta el primer joven.

—No, llevo por lo menos un par de días, si no más, que no le veo el pelo.

—Esta señorita es de la editorial. Este es Ordep, otro de los poetas de guardia.

—Es el turno de Seluis, el mío era el anterior, pero como había fiesta por aquí y no tenía nada mejor que hacer pues me quedé. Por cierto, qué desfase la fiesta…

—Íbamos a su habitación a ver si se encuentra allí.

—Pues ahorraos el paseo, yo he dormido allí esta noche. No sé cómo terminé allí, me he despertado y estaba en su cama, ¡y vaya cama, es enorme! Oye, Seluis, tienes que ayudarme a buscar mi portátil, lo perdí anoche y tengo ahí metido todo el material, no puedo empezar mi turno sin él.

—Sí, claro. Nos tiene que disculpar, pero es urgente —se excusa el joven con la mujer de la editorial—. Usted espere por aquí, cuando menos te lo esperas aparece el Roli con algunas de sus locuras.

Y tras decir esto, ambos jóvenes hacen mutis, dejándola en la más completa soledad. Cariacontecida y sin saber muy bien cómo actuar, decide entonces tomar ella la iniciativa y ponerse a buscar por su cuenta a tan escurridizo escritor, decidida firmemente a abandonar la búsqueda si no lo hallare en menos de quince

minutos, ni más ni menos. Tras atravesar un par de salas, ambas adornadas aquí y allá con vasos a medio vaciar y botellas semivacías, en un paisaje similar al advertido en el jardín, penetra por fin en un gran salón. Allí, lo primero que se encuentra es a un joven de larga melena, negra y lacia, repanchingado en un sofá y con los pies apoyados en una mesita baja. En cuanto se percata de la presencia de la mujer, pega un imponente respingo hasta alcanzar la verticalidad, se deshace de la toba de lo que estaba fumando, se retira el pelo de los ojos para mejor ver y a continuación sale corriendo completamente despendolado hacia uno de los laterales del gran salón.

—¡Ya ha llegado, ya ha llegado! ¡La de la discográfica! —grita a pleno pulmón el joven melenudo—. ¡Colegas, a currar! —dice mientras pega un salto para subirse a una tarima que a modo de escenario se sitúa en esa parte de la estancia.

Allí, muy apurados, otros tres jóvenes melenudos vestidos, como el anterior, completamente de negro, se afanan por tomar cada uno su instrumento, guitarra y bajo eléctricos y batería, y colocarse en su correspondiente posición sobre el entarimado. La mujer observa la maniobra desde el umbral de la puerta, completamente inmóvil e incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Cuando el primer joven melenudo tiene con firmeza asido entre sus manos el micrófono, comienza con la presentación.

—Hola, somos Satan Flowers y practicamos un estilo entre el *trash metal* y el *death metal*, que, aunque haya mucho listillo por ahí que dice que son lo mismo, no lo son ni de coña; y nuestras letras exploran el mundo de las pesadillas, el horror y todo eso. Tenemos grabada una demo con cuatro temas, la misma que mandamos a la discográfica, y ahora vamos a tocar un par de ellos. Muchas gracias por venir. A ver, colegas, se acabó la cháchara, ¡lo rompemos!

Lo primero que escuchan los oídos de la anonadada mujer no son los iniciales acordes de la guitarra, acompañados enseguida quizá por el ritmo que marcaran al unísono el bajo y la batería, sino un gutural grito que pareciera salir directamente de la garganta de algún pobre mártir al que estuvieran desollando vivo con unas tenazas candentes, pero que en este caso sale de las cuerdas vocales del joven que hay sobre el escenario y que parece va a devorar el micrófono tal y como Saturno se zampaba a su propio hijo en la pavorosa pintura aquella.

Dura sus buenos segundos el alarido introductorio, tras el cual, ahora sí, una cortina de sonido a toda potencia e inmoderado volumen inunda por completo el salón envolviendo a la mujer de la editorial, que siente como su cuerpo vibra agitado por los demoledores ritmos que aplican, a toda velocidad, implacablemente y un tanto descoordinados, el bajo y la batería; el cantante por su parte va desgranando, a igual velocidad,

sus sentidos versos con una voz desgarrada y cavernosa que no facilita lo más mínimo la cabal comprensión de estos; por su parte, el guitarrista rasca con vertiginosos movimientos de su mano derecha, en la que mantiene sujeta con dos dedos la púa, su instrumento extrayendo metálicos sonidos un tanto desacoplados en ocasiones. Cantante, bajo y guitarra no paran, mientras canta y tocan, de girar frenéticamente sus cabezas, deslizadas ligeramente hacia delante, haciendo círculos con ellas en el aire y proyectando sus melenas como si fueran aspas de molino o brazos de gigante, según la perspectiva bien escuderil, bien caballeresca que se adopte.

El concierto termina, sin embargo, antes de lo previsto cuando es el guitarra el que se pone, tras realizar un aceleradísimo solo, a dar botes como un poseído por espíritu diabólico y tremendamente juguetón, recorriendo todo el escenario hasta que va a tropezar con el cantante, dando con su cuerpo y el de su compañero en el suelo del salón tras precipitarse al vacío por el borde del escenario. El batacazo es morrocotudo, aunque puede más el orgullo y ambos, una vez incorporados, comienzan a lanzarse reproches bastante desagradables, todo mientras el bajo y el batería continúan, ajenos por completo al accidente que les ha privado de dos de los miembros del grupo, con su descoordinado y enardecido ritmo, dejando, es cierto, un tanto deslucido el tema.

La mujer, una vez ha logrado salir del circunstancial estado de aturdimiento y estupor que la embargaba toda, se da media vuelta y abandona el salón alejándose de las ondas sonoras que, sin embargo, todavía la acompañan un par de habitaciones más.

Realizado este recorrido, va a dar con lo que parece ser la cocina: una gran sala debidamente amueblada con sus armarios, frigorífico de doble puerta, pila y grifo dorado encastrados en una encimera de mármol negro perfectamente pulida, y en la parte central, una isla con una gran placa de vitrocerámica encajada y sobre ella una campana extractora de humos. Una chica joven se entretiene allí removiendo con un gran cucharón el contenido de una perola de la que sale un humo espeso que se expande libremente por la estancia (no parece tener encendido el extractor aquella cocinera).

—Hola, estoy buscando a Roland, Roli me parece que le llaman por aquí. Soy de la editorial y tenía concertada una entrevista con él.

—No le he visto desde… —. Queda la joven pensativa unos instantes, con la mirada distraída en el vapor que sale de la perola—. ¡Pues no me acuerdo!

—¿Y no podrías decirme dónde podría buscarlo? Esto es tan grande.

—Pues vete tú a saber, este Roli es tan imprevisible… Cuando me trasladé a vivir aquí, hace… —La joven vuelve a ensimismarse—. ¡Pues tampoco me acuerdo! —exclama risueña a los pocos segundos—.

El caso es que te quería decir que lo mismo está allí que allá, dormido o durmiendo, recitando poesía o destrozando las paredes…

—Y tú, ¿trabajas aquí?

—¿Trabajar aquí? No, no, yo tengo mi propio canal de YouTube donde muestro mis creaciones culinarias alternativas. Tengo muchos seguidores, la última vez que lo miré eran… ¡que no me acuerdo! —exclama la joven del puchero dándose con la palma de una mano en la frente—. Bueno, te decía que me vine a vivir aquí, porque en cuanto vi la cocina me dije… me dije… ¡vaya cocinón!, o algo así…, no, ¡qué pedazo de cocina! Eso lo que dije, me parece… Bueno, da igual, el caso es que me quedé. ¿Quieres probar esto?

—Huele un poco fuerte, no sé si… —aduce la mujer de la editorial arrugando la nariz.

—Pasa como con la coliflor, que huele muy fuerte, pero luego el sabor es otra cosa. Anda, es una de mis mejores recetas, me la inspiró…, sí, aquel gurú de… ¿cómo se llamaba? ¡Pues no me acuerdo! En fin, ¿pruebas o no pruebas?

—Bueno, un sorbito, por no hacerte un feo.

Aproxima entonces la mujer sus labios hacia el cucharón que le acerca la joven y sorbe el líquido caliente que contiene. Arruga un poco el gesto al sentir el contacto de este con su paladar, pero lo traga a continuación sin dificultad. «Pues está bueno, ¿qué lleva?», pregunta a la cocinera. «Nada del otro mundo,

puerro, cebolla, ajo y una hierbita que cultivo yo misma en…», la joven deja incompleta la receta porque repentinamente entra en la cocina uno de los jóvenes melenudos, muy alterado y con los ojos como platos. «¡Ayudadme, por favor!», suplica. «¿Qué ha pasado?», se interesa la cocinera. «Mi colega, hemos discutido y le he metido el micrófono en la boca y ahora no se lo podemos sacar. Vengo por si me podéis dejar algo de aceite, a ver si…», informa muy apurado. «¡Aceite! ¡No seas bestia, hombre! Anda, vamos, que a mi novio una vez se le atragantó el arco del violín y se lo tuve que sacar yo…», va diciendo la cocinera mientras abandona, acompañada por el músico, la cocina, dejando de nuevo solita a la mujer de la editorial.

Decide ésta en esos precisos momentos de repentina soledad abandonar la búsqueda de su escurridizo escritor y volver inmediatamente a la oficina para engolfarse con otros asuntos. Cuando está a punto de abandonar la casa, un súbito calor interior empieza a subirle desde el estómago hasta el mismísimo cerebro y se siente entonces repentinamente invadida por una paz como nunca había sentido. Queda unos instantes, apenas unos segundos, de pie frente a la puerta, agarrando con una mano el pomo, permaneciendo en semejante estática posición en una clara actitud de inconsciencia.

Transcurrido ese tiempo, de repente, y sin dar muestras de la más mínima emoción, suelta el pomo de

la puerta, se gira sobre sus talones y comienza seguidamente a caminar como una sonámbula hacia el interior de la casa. Si se hubiera encontrado a alguien de frente en esos momentos, este alguien hubiera advertido, además de la mirada perdida, como ausente, de la mujer, una leve mueca a modo de tímida sonrisa que dibuja con sus labios, síntoma quizá de un estado interior de calma suma y de conciliación con, cuando menos, el universo entero (un estado de nirvana, vamos).

Pero no se cruza con nadie, así que al poco se ha plantado, no se sabe si errante sin rumbo fijo o de manera voluntaria, justo junto a la piscina, en estos momentos completamente vacía (de personas, agua hay hasta el mismísimo borde). Entonces, ni corta ni perezosa, comienza lentamente a quitarse la ropa: empieza por dejar el bolso sobre una tumbona para, a continuación, desprenderse de la elegante chaqueta del traje azul oscuro, que dobla con cuidado y deposita con mimo sobre el respaldo; turno a continuación para los pantalones, igual de elegantes y del mismo color, que, debidamente doblados también, van a para al mismo lugar que la otra prenda, justo a su lado; para desprenderse de esta última ha tenido que descalzarse primero, de manera que presenta ya ambos pies completamente desnudos, liberados de los zapatos negros de piel, con un poquito de tacón, que reposan perfectamente alineados bajo la tumbona-perchero; finalmente, y para no dejar cobertura alguna sobre su blanca y fina piel,